

mundo gráfico

Miércoles, 14 de Octubre de 1936

DIRECTOR:

Luis González de Linares

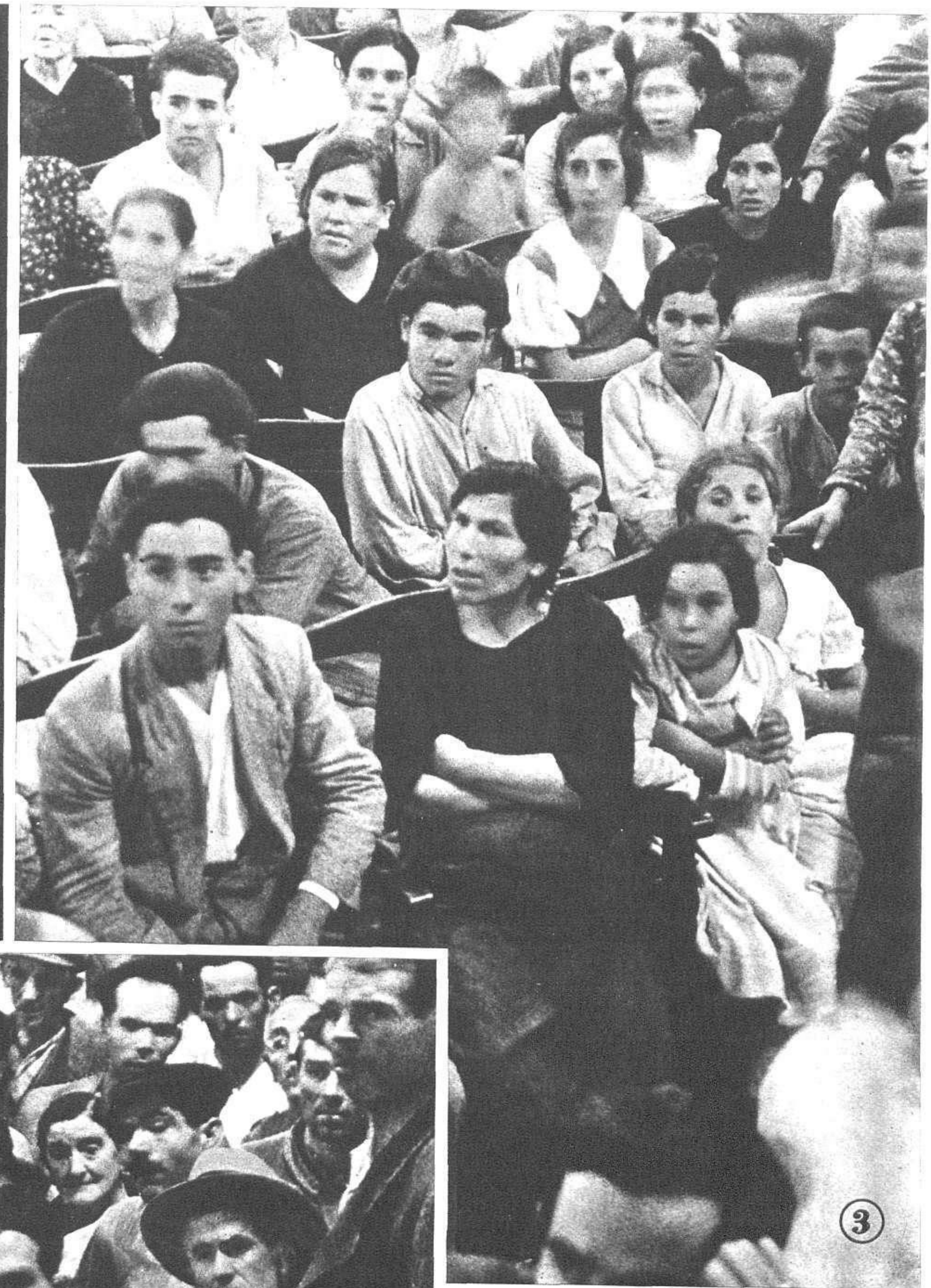
AÑO XXVI
Número 130
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



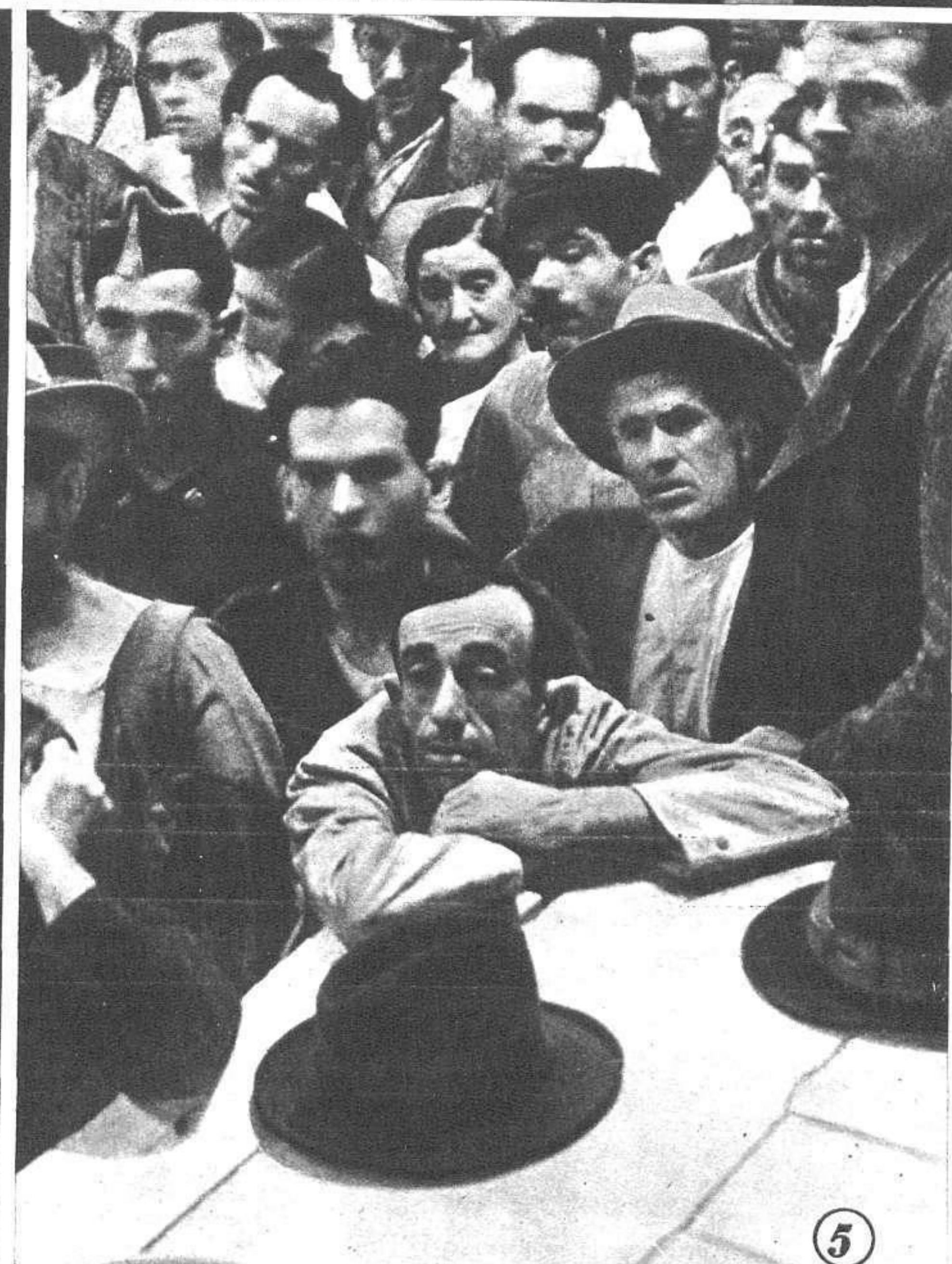
Un pueblo entero se traslada a Ma- drid

He aquí la despenso madrileña de
este pueblo toledano, cuyos vecinos
pudieron evacuar el ganado, y diaria-
mente sacrifican unas reses para la
manutención del pueblo trasladado a
Madrid (Fot. Piortiz)





Cómo se escucha en los pueblos a los propagan- distas de la causa proletaria



1.—En el local débilmente iluminado, ante un abigarrado auditorio popular, va sonando la palabra enardecida de los que van llevando por los pueblos la propaganda de la causa proletaria

2.—El gesto absorto de los chiquillos al escuchar los discursos de propaganda proletaria

3.—Mujeres y chiquillos acuden también a escuchar la palabra que les habla de lo que esta lucha de hoy ha de significar socialmente para las horas futuras de la nueva España

4.—En el más amplio local del pueblo, todos los vecinos se han agrupado para oír a los que vienen a hablarles del sentido social de esta guerra

5.—Los campesinos de un pueblo escuchan los discursos vehementes de los propagandistas proletarios
Fots. Antitafot Madrid



Un pueblo de evadidos que prolonga su vida y su organización dentro de Madrid

El señor alcalde, con unos cuantos vecinos del pueblo abandonado, en una de las habitaciones de la actual residencia de los evadidos en Madrid

Bajo la presidencia del ministro sin cartera don José Giral se ha formado una Junta de Asistencia a los Evadidos para atender a los que llegan a Madrid huyendo de los lugares de la guerra.

(DE LOS PERIÓDICOS DE ESTOS DÍAS)

Un pueblo de vida tranquila

ENTRE esos evadidos que ahora llegan a Madrid, y que ponen en las calles ciudadanas un nuevo acento campesino, un eco de vida rural, están los que han venido del pueblo toledano de Quismondo. Quismondo tuvo siempre una vida tranquila, sin inquietudes y sin altibajos, sin esas frecuentes tormentas que agitaban a los pueblecitos españoles en estos últimos años. Hace algún tiempo hubo un hecho que llevó el nombre de aquel lugar toledano a toda España: en Quismondo había nacido un torero que a fuerza de coraje se estaba colocando en la primera fila de la profesión. *Dominguín*, o el diestro de Quismondo, como Ortega, el torero de Bórox, y Marcial, el de Vaciamadrid. *Dominguín*, que arrebató a los públicos en los días de su competencia con *Varelito*, se fué de la profesión, se hizo empresario, y el nombre de Quismondo, su pueblo, volvió a la penumbra de siempre, a la paz de su vida campesina, apenas alterada por los reflejos de aquella gloria taurina del Madrid de hace unos años.

La evacuación hacia Madrid

Los hombres, las mujeres, los chiquillos de Quismondo están hoy en Madrid. Han venido huyendo de la guerra, como tantos otros que ahora afluyen a nuestra ciudad. Ya el vuelo de los aviones se hacía frecuente, y los cañones sonaban cada vez más cerca. Cuando se escuchaba sobre tierra próxima un estampido, las mujeres se llenaban de espanto y abrazaban a sus chiquillos apretadamente, como con miedo de que la muerte pudiera quitárselos.



Las mozas del pueblo cosen y hacen punto en estas tardes en que se presiente ya el invierno

Se impuso la necesidad de la evacuación. Hubo tiempo de hacerla ordenadamente, en camionetas. Primero, las mujeres, con los chiquillos. Después, los hombres. Fueron pocos los que allí quedaron. Algunos marcharon a otros pueblos. Pero la mayor parte vino aquí, a Madrid. Unos, a casas de parientes o de amigos. Otros, a posadas y residencias distintas. El núcleo más importante está reunido, como un pueblo en pequeño, en tres pisos de una gran casa de la plaza de Santa Bárbara. Allí comen, duermen y viven. Apretadamente, porque aunque los pisos son grandes, son muchos también los evadidos—varios centenares—que allí tienen su vivienda provisional.

De los tres pisos, dos estaban incautados por la Federación de Trabajadores de la Tierra. El otro, por la C. N. T., que lo puso también a disposición de los evadidos de este pueblecito toledano.

La prolongación en Madrid de la vida del pueblo

Los evadidos forman, reunidos en las tres viviendas, como un pequeño pueblo dentro de Madrid. Han venido con el señor alcalde a la cabeza, nada menos. Y con los concejales. Y con el médico. Y todos han formado una comunidad apretada y cordial dentro de este ritmo febril y múltiple que es Madrid. Así, unidos todos, juntos, viéndose a diario unos a otros, como allá en el pueblo, les parece seguir en el lugar de su vida de siempre. Los chiquillos corretean por los largos pasillos como antes correteaban por las calles y las plazas del pueblo. Cosen las mozas junto a un balcón, como antes cosían junto a la ventana o en el quicio de la puerta entreabierta. Y muchos días bajan a pasear a la plaza de Santa Bárbara, como en el pueblo bajaban también a dar una vuelta mientras comentaban alegremente las mil menudas cosas de la vida del lugar.

Claro es que la nueva vida en común, bajo un mismo techo, impone cierta organización y cierta disciplina. Así, hay establecidos varios turnos de mujeres para la limpieza de la casa y para la cocina. A esas mujeres, además, al pie de la nota en que constan sus nombres —a la entrada de la cocina—, se les advierte que no deben hablar mal de ninguna compañera.

El señor alcalde

El señor alcalde. El señor alcalde es Emeterio García. Un hombre joven, animoso y cordial, que está en muchas cosas al mismo tiempo, que oye a unos y a otros, que ha de resolver a diario los pequeños problemas de toda vida de pueblo.

Allá, en el pueblo, cuando el señor alcalde fuese desde su casa al Ayuntamiento, cada dos pasos le pararía un vecino. Aquí, también, en habitaciones y pasillos, le detienen a cada momento.

—Oye, Emeterio—dice una mujeruca enlutada, que acaba de llegar de la calle—, no tengo dónde dormir esta noche.

—Harán falta unas medicinas—se acerca otro.

—Emeterio, si pudieses hacerme un favor...

Y el señor alcalde escucha a todos, y a todos quisiera atender.

—Pero a todos no puede ser, no puede ser—se disculpa—. Hay que darse cuenta de que estamos en unos momentos anormales.

Activo, infatigable, el señor alcalde, en Madrid, sigue siendo, en cierto modo, el alcalde de su pueblo. Atiende a las necesidades de sus vecinos. Se preocupa de los víveres. Se interesa por los enfermos. Sigue siendo, en fin, el señor alcalde.

La organización de la vida en Madrid

Al evacuar el pueblo, estos evadidos pudieron traer a Madrid el ganado que allí tenían: unas dos mil cabezas de ganado lanar. El pueblo vive, sobre todo, del trigo. Pero de éste pudieron traer poco. Después, ya desde Madrid, fueron algunas veces a recoger algunos sacos. Mas hubo un momento en que ya no pudieron pasar.

Estos campesinos tenían organizada una Comunidad. El ganado de la Comunidad es el que han traído, más los cerdos que algunos vecinos tenían particularmente. Lo han encerrado en un campo cercano a Madrid, y de allí traen a diario lo que necesitan para su subsistencia. El resto de los víveres lo obtienen con vales del Ayuntamiento, que ellos abonan luego en metálico.

Como son tantos los evadidos, tienen que comer, naturalmente, en varias tandas. Primero, los enfermos. Después, los chiquillos. Más tarde, las mujeres. Finalmente, los hombres. Muchos de éstos están afiliados a las Milicias o realizan trabajos de retaguardia.

También está con ellos el médico del pueblo, que diariamente pasa su visita. Toda una pequeña y completa organización, como se ve, dentro de la vida múltiple de Madrid.

La inquietud de la siembra

Hay en estos hombres una unánime preocupación: la de la siembra. Es ya el tiempo de hacerla. Si no fuese por aquel estampido dramático de los cañones, ya estos campesinos estarían con la sementera sobre su tierra toledana. Pero la incertidumbre de la cosecha próxima les inquieta y apesadumbra.

—Hasta los Santos—dice uno—podríamos sembrar.

—Y hasta más tarde—habla otro—. Yo me daría por contento pudiéndolo hacer dentro de Noviembre.

La siembra del trigo que un día será pan. Mientras el odio y la sangre llenan esta mártir tierra de España, unos cuantos hombres, lejos de su terruño, piensan en la siembra, que corre riesgo de no hacerse. Las espigas de esa cosecha incierta serán rojas.

J. M. A.



Entre las vecinas del pueblo se han establecido unos turnos para preparar la comida que diariamente ha de servirse a los evadidos



Unos cuantos chiquillos de las familias evadidas

Como allá, en el pueblo, cuando el señor alcalde iba desde su casa al Ayuntamiento, ahora, en Madrid, los vecinos se acercan constantemente a la primera autoridad municipal, en las estancias de los pisos ocupados (Fots. Piortiz)





Albañil,
actor,
novelista...

Carranque de Ríos: una vida intensa que desaparece

UN día se presentó en la casa de los hermanos Baroja un joven de ojos inquietos y aire nervioso, preguntando por don Pío. Era un joven delgado, ni alto ni bajo, con aire universitario, no obstante su indumentaria casi de menestral. Apenas habría traspasado la

curva de los treinta años. Llevaba bajo el brazo una amplia cartera de cuero, hinchada por los muchos papeles del interior. Insistía en ver a don Pío con tal firmeza, que la criada no encontró fórmula para negarle la presencia del novelista en la casa.

Don Pío le recibió un poco huraño, con ese aire tan suyo de ogro que poco a poco acaba por enternecerse, y le pasó a esa saleta de su casa con aire isabelino y poltrón que conocemos todos los reporteros de Madrid.

El visitante tenía la voz un poco opaca y doliente, y, sin preámbulos innecesarios, le empezó a contar la historia de su vida. Era una película de aventuras, llena de peripecias interesantes, a pesar de su corta duración. Los pocos años de aquel joven estaban henchidos de substancia vital, de aventuras intensas, de horas amargas y trabajosas, bebidas a sorbos apresurados. Don Pío se vió un poco reflejado en ella. El había sido médico de pueblo, panadero, y luego, novelista. Antes había buceado por los bajos fondos, por la vida turbia, por entre los hombres de aventuras inauditas y maravillosas. Se había empapado de alientos extraños en su constante observación de paseante impenitente que sale todos los días a la caza de un personaje o de un hecho fuera del ritmo de la vida corriente y moliente. Y ahora, de pronto, sin esperarlo, le llegaba hasta él una de estas vidas extraordinarias, para desnudar ante sus ojos todos sus capítulos. ¡Con qué gusto oía don Pío las palabras de su visitante!

—Yo, hasta hace poco, he sido albañil.

Albañil en las casas de los suburbios, en esas pobres casas de obreros para las que apenas hacen falta los más elementales conocimientos de arquitectura. Constructor de pobres edificios de una sola planta, con una escuela y simple distribución familiar. El joven tenía aún en las pupilas la visión dolorosa de aquellas pobres vidas de suburbio, del trabajo interminable, agotador, que ponía fatiga en sus brazos y una lumbrera rebelde y ansiosa de nuevos horizontes en su cerebro. Había sido también obrero de las canteras de yeso y había hecho ladrillos para aquellas construcciones, apisonando los rectángulos de barro bajo el sol bárbaro de los estíos madrileños o entre las flechas de hielo de los inviernos.

—También he sido actor cinematográfico.

Ahora empezaba a recordarle don Pío. Aquella cara, aquellos ojos nerviosos... Fué casi en la época heroica del cinematógrafo español, cuando unos miles de pesetas y una zarzuela famosa eran casi un nuncio seguro de un agradable maná en las taquillas. Alguien, con el deseo de ennoblecer aquella infancia española del cine, que alboreaba sin un propósito de arte, con la vista puesta sólo en el posible negocio, quiso hacer una película con una base digna. El propio hermano del novelista, Ricardo, andaba en aquellas gestiones sobre las que su espíritu inquieto, ansioso de novedades interesantes, había volcado todo su interés. Acordes todos en el propósito, se hizo un guión de *Zalacain, el Aventurero*, una de las fábulas barojianas de más apretado interés. Y un joven, ni alto ni bajo, de ojos inquietos, con aire universitario, a pesar de su indumentaria de obrero, fué el protagonista. Era el mismo joven que ahora, ante don Pío, exhibía la película de su vida, pródiga en aventuras y peripecias de interés.

—¿Y ahora?—le preguntó don Pío, acariciándose la barbita cana, bajo el dosel frontal de la boina vernácula y casera.

—Ahora le traigo una novela que acabo de terminar, para que me escriba un prólogo.

Don Pío leyó las cuartillas que el joven le había dejado. Era una novela amarga, que le recordaba las suyas de la juventud; una novela un poco agria y pesimista, llena de personajes extraños e invulgares, personalísima, pero con un regusto barojiano que colmaba su noble vanidad de maestro al encontrar un continuador con talento para su concepción de la novela. Hasta el título del relato se apartaba de lo corriente. Aquel mazo de cuartillas, surcadas por una letra menuda y nerviosa, tenía un guarismo en el lugar del título: «I».

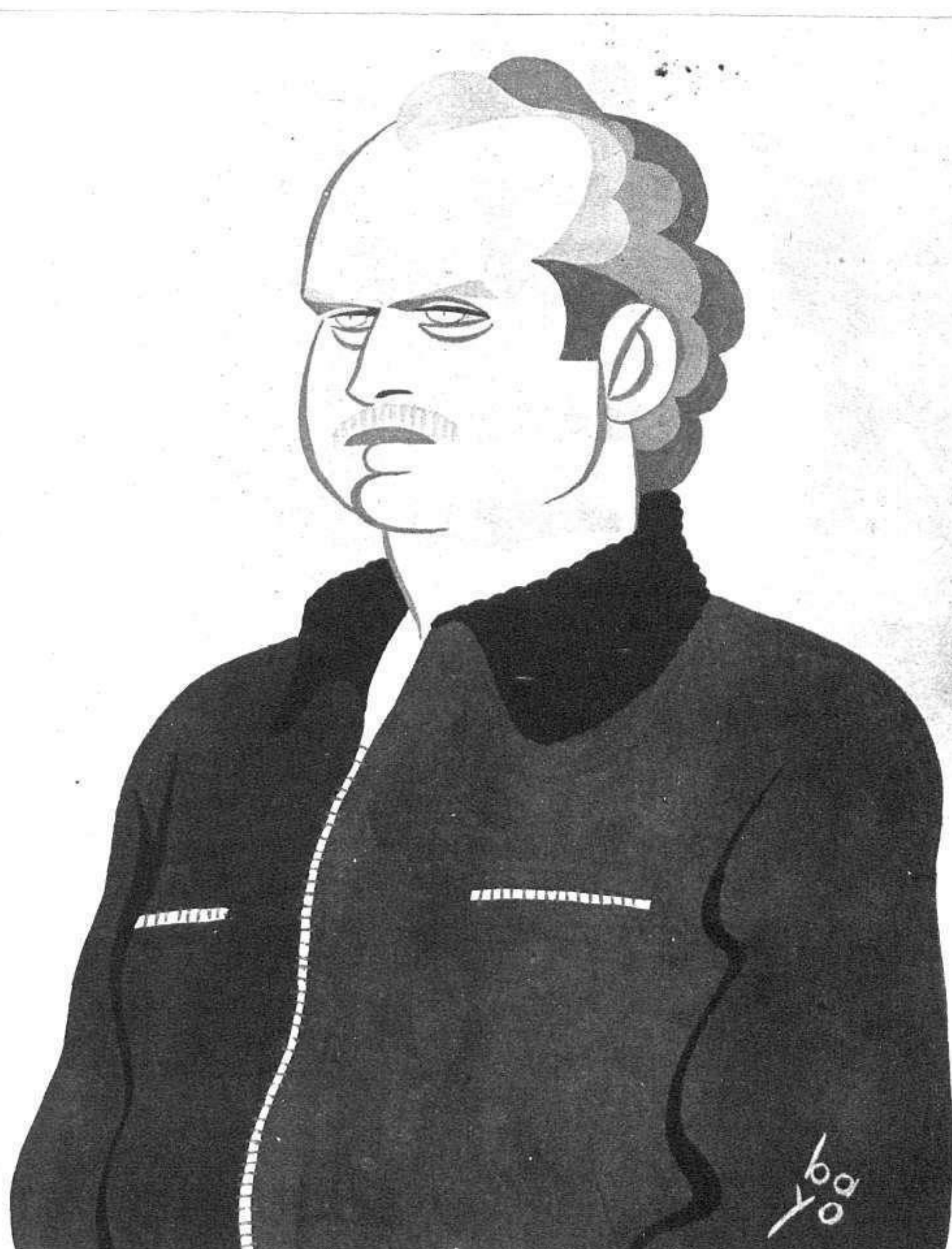
Después de «I», con prólogo de Baroja, acogida por la crítica y el público con un éxito resonante, aparecieron otros dos libros del mismo autor: *La vida difícil* y *Cine-matógrafo*. Con ellos se había colocado el novelista en uno de los lugares más destacados de la nueva generación literaria.

Don Pío le había visto subir los peldaños del éxito, con la sonrisa complacida del maestro que observa los progresos de su continuador.

El joven visitante de Baroja, el joven de ojos inquietos y vida aventurera, ha fallecido en Madrid el martes pasado. Se llamaba Carranque de Ríos.

A. O. S.

Este número ha sido visado por la censura



Figuras del momento

Arriba, de izquierda a derecha: Don Manuel Muñoz, director general de Seguridad, y don José Renáu, director general de Bellas Artes.—Abajo, de izquierda a derecha: El líder sindicalista Angel Pestaña y el diputado comunista Antonio Mije

(Caricaturas de Bayo)

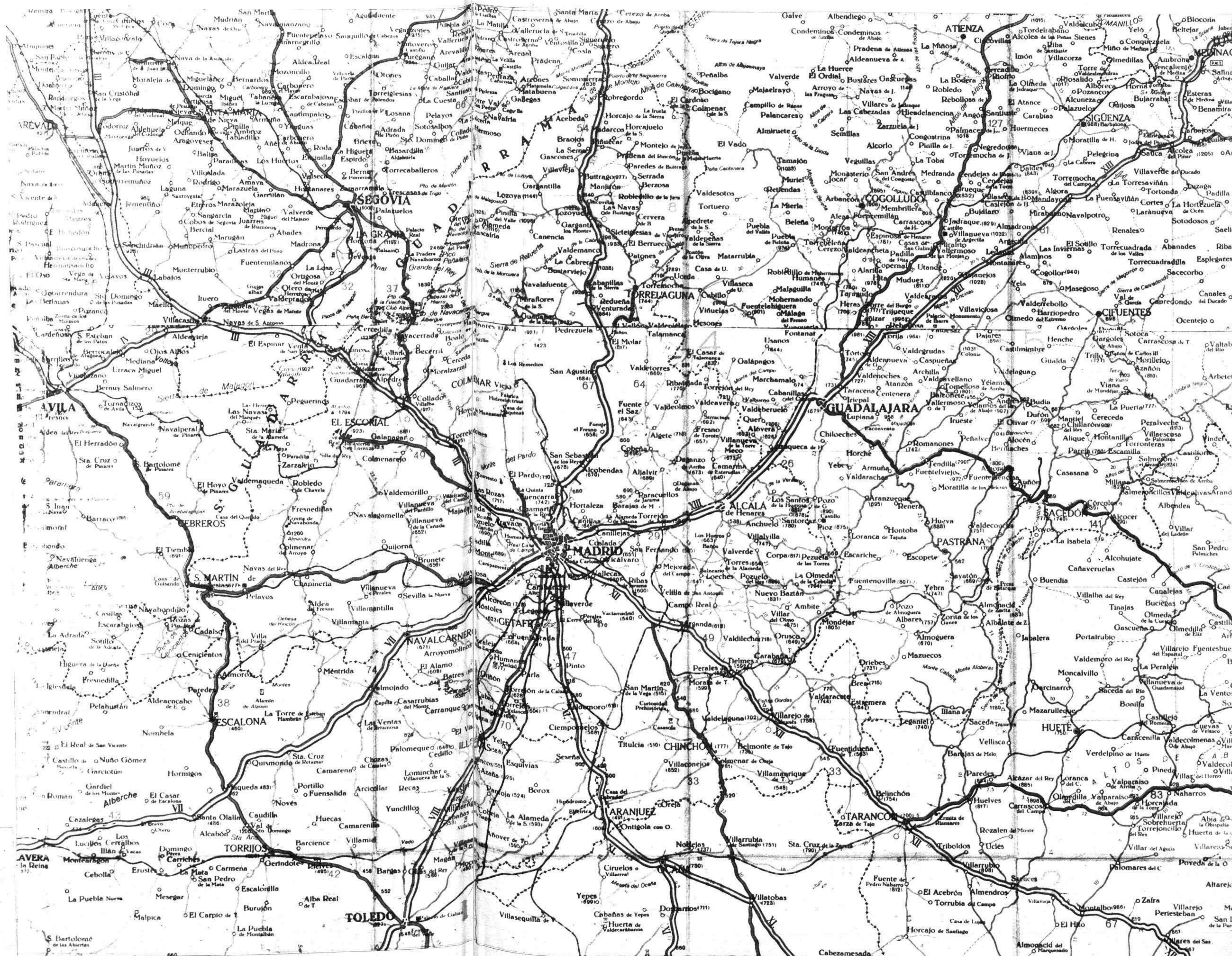


Un mapa del escenario más importante de la guerra

Los mapas están de moda. En Madrid y en Barcelona, en plena calle, se agrupa la gente para seguir, ante los mapas que se ven en los puestos y en los escaparates de las librerías, el curso de las operaciones. MUNDO GRAFICO se propone publicar los mapas de las distintas zonas en que se está luchando. Publicamos hoy el del escenario más importante de la guerra: Madrid y sus provincias limítrofes. Dentro de esta zona están frentes de tanta importancia—a diario reiterada en los periódicos políticos de mejor solvencia—como son el del Tajo, el de Avila y el de la Sierra. En nuestros próximos números publicaremos los mapas de los restantes frentes españoles de lucha

SIGNOS CONVENCIONALES

-  Carreteras de 1º orden
-  Carreteras de 2º orden
-  Carreteras de otros ordenes
-  Límite de provincia
-  Río
-  Línea férrea



El oro español afluye al Banco de España

La cola

MADRID, como toda gran ciudad, ha conocido, en distintas circunstancias, todo género de «colas». La necesidad, aliada a la escasez, origina esas ringlas humanas, procedimiento sumario y simplista para abolir privilegios y evitar, por su orden igualitario, absolutamente democrático, que se imponga la ley del más fuerte.

Hemos conocido las «colas» ante las fuentes públicas y las panaderías; para tomar el tranvía y para proveerse de tabaco; para adquirir azúcar y para lograr una localidad de cinematógrafo.

La «cola» siempre respondía a una necesidad de los que la formaban: gentes que deseaban adquirir algo, remediar alguna apetencia.

A la guerra, que tantos nuevos ejemplos no está dando, le estaba reservada la originalidad de una «cola» inédita hasta ahora en España, y en cierto modo contraria al sentido típico de todas las otras «colas» conocidas, porque los que la forman no esperan a remediar una necesidad, sino, al revés, a prestar un servicio. Los componentes de esta «cola» flamante no van a pedir, sino a dar.

Es la «cola» del oro, el dios amarillo, motor de tantas grandezas y clave de tantas miserias humanas. El oro, pese a su tremenda realidad como sangre y nervio de la vida universal, era para nosotros, como signo amonedado, poco menos que una entelequia. Para las generaciones modernas, la moneda de oro era una especie de mito, de prestigio arcaico y novelesco. El ciudadano de hoy, habituado al cheque y al billete de Banco, no piensa sino, como en un anticuado tema literario, en el oro acuñado y tintineante, que seduce fámulas brillando entre las mallas sedosas de la bolsa de Tenorio, y vuelve locos, con su canción viciosa, al avaro molieresco y al *père Grandet* balzaciano.

Pero el oro existe no sólo como un gigante dormido en las fortalezas subterráneas de los Bancos y como arma formidable de los Estados, sino también oculto como un reptil en misteriosos escondrijos privados.

Ha llegado la guerra, y también el oro ha sentido vibrar su toque urgente de llamada. No podía librarse del imperio de la realidad, que exige vidas y heroísmos y sacrificios de todos.

El Gobierno de la República, para evitar atesoramientos lesivos y contrabandos de exportación, ha decretado la movilización del oro. Todos los ciudadanos y entidades españolas están obligados a entregar al Gobierno el oro que posean en monedas o en piezas sin labrar. El Estado compra ese oro a quien quiera venderse, o lo recibe en depósito mientras duren las circunstancias bélicas.

He aquí el origen de la «cola» del oro, que es la única que no desafia la curiosidad pública al aire libre de la calle.

El Banco de España cobija en su interior a los poseedores del metal pródigo. Se forman las «colas» ante las ventanillas que encuadran un gran patio. Decoración de mármoles y bronce, digna del coloso áureo al que se consagra este templo pagano y magnífico.

Hay una muchedumbre en el patio, y ante los escritorios se agrupan gentes ajetreadas. Los ordenanzas, uniformados, reparten las facturas de entrega e informan a los preguntantes.

—El Banco toma el oro, como depósito o para abonar su importe en una cuenta corriente que se abrirá a cada imponente.

—¿A qué tipo lo pagan?—inquieran muchos.

—El Gobierno fijará en el momento oportuno el cambio oficial, y ese importe se ingresará en la cuenta corriente, de la que podrá disponerse con arreglo a las normas últimamente dictadas. En las facturas de entrega hay que especificar el número de monedas o lingotes, la ley de éstos, la clase de la moneda o el peso de la pieza y el valor nominal en pesetas a la par intrínseca.

Se suceden ante las ventanillas los tipos más diversos. Desde el señor de atuendo y figura de banquero o de potentado, al menestral de humilde atavío, y el miliciano, con su gorriño cuartelero, y el mesócrata; del que se advierte que ha pedido permiso en la oficina para cumplir

su deber de ciudadano. Y mujeres, muchas mujeres: rentistas y artesanas, burguesitas risueñas y damas otoñales discretamente ataviadas, y otras en franco declive vital, con aire de pensionistas timoratas.

Van cayendo en los mostradores los pequeños tesoros: «peluconas» magníficas que corrieron en manos de guerrilleros y afrancesados de la guerra de la Independencia; medias onzas con el busto de *el Deseado*, que tal vez fueron en ventas serranas alegría de andaluces caballistas; «isabelinas» menudas y finas, dólares con el cóndor y el indio andinos; esterlinas de Isabel, la abuela de Inglaterra; pesos chilenos y mejicanos; colonos peruanos y centenes de Méjico; lucientes lises de Francia y modernos discos borbónicos.

Son innumerables las pequeñas entregas; se adivinan en muchas de ellas historias sentimentales, pequeñas herencias conservadas por tradición familiar; monedas con adornos, que las convierten en dijes y colgantes; otras, trabajadas al esmalte que ya son verdaderas medallas.

Los empleados seleccionan estas monedas, que ya carecen de valor fiduciario y sólo son modestas joyas.

—No, señora—le dice a una ancianita un empleado—. Esto no tiene usted ya que entregarlo. Es una moneda calada y enmarcada en una labor de filigrana.

—Se lo agradezco mucho—dice la mujer—. Porque era el colgante que llevó toda su vida, en la cadena del reloj, primero, mi padre, y luego, mi marido.

Un miliciano cincuentón, aledaño a la anciana, muestra una libra esterlina que también tiene un copete en arabesco, y dice:

—Pues yo esta «pieza» la dejo aquí, pase lo que pase. He salido con permiso del cuartel para esto, y llevo una hora en la «cola». Mañana me vuelvo al frente, y allí lo que yo quiero no es oro, sino plomo para el mosquetón.

Y el soldado del pueblo, armado de una navajilla, desmonta en un instante la guarnición de la moneda, que queda neta y limpia, pieza de oro que está pronto a dar, como su sangre, como su fe por la causa que defiende.

JUAN FERRAGUI

Anécdotas sentimentales de la entrega del oro

Los pequeños tesoros que guardaban los españoles

HABÍA mucho oro en los tesoros particulares de los españoles. Mucho, que se ha cambiado, lamentablemente, en medios de destrucción; mucho que ha sido hallado en escondrijos, antes de que se invirtiera en el mismo cambio... Mucho, también, que ahora de las manos de los españoles va, obediente a la disposición ministerial, a los depósitos del Banco de España.

Siete días daba de plazo aquella orden del Gobierno, publicada con fecha 4 del actual en la *Gaceta*, para que los particulares que tuvieran oro en monedas o en pasta hicieran su entrega en el Banco. Aquel plazo finaba el día 11. Pero el mismo día 4 ya llegaron ante las ventanillas del Banco muchos poseedores de oro, más que dóciles, entusiastas cumplidores de aquel mandato del Gobierno. Aun no se había organizado el servicio bancario para la recepción, y tuvieron que volver al día siguiente. Y desde el 5, el amplio patio principal del Banco de España resultó insuficiente espacio para acoger a todos los que acudieron a poner su oro al servicio o bajo la custodia del Estado español.

La madre que guardaba una moneda en recuerdo de su hijo, y la cede para la República

La historia íntima, conmovedora, es ésta: El hijo había escapado a América en busca de mejor fortuna. La madre quedó aguardando aquí. Allí, las luchas duras, ásperas, que en vano querían encubrir las fáciles mentiras de las cartas que el hijo iba enviando. Aquí, las lágrimas



Tras de la ventanilla del Banco el oro va formando pequeñas columnas deslumbrantes en las que se juntan las onzas y los lises, las libras y las «peluconas», con la moneda más humilde de veinticinco pesetas, de cuño todavía reciente

(Fot. Portillo)



Gentes de clase media, artesanas en su mayoría, que guardaban una moneda de veinticinco pesetas o una onza como quien guarda un tesoro, y ahora lo ofrecen al Banco
(Fot. Portillo)

de la espera impaciente, que en sus cartas la madre no se cuidaba de ocultar...

Un día, el hijo prometió su primera remesa de dinero. Poca cosa. Lo que logró reunir a costa de las primeras renunciaciones amargas. Y la madre recibió, con algunos billetes de un Estado americano, una rutilante moneda de veinte colones. «Me he colocado bien. Tengo mucho

trabajo; pero ahorrando todo lo posible, no tardaré en juntar lo suficiente para la comodidad de su vejez y mi propia felicidad a su lado», escribía. Pero aquella fué la última carta. La madre supo, después de soñar con la fortuna, cómo la desgracia despierta a zarpaos al soñador. El hijo había muerto, enfermo y vencido, en un poblachón de Costa Rica...

Y una viejecilla trémula y acongojada, pero con algo que quería erguirse heroicamente en su ademán, se acercó ahora a la ventanilla donde se hacía la entrega del oro en el Banco.

—Tengo esto... Lo guardaba como el único recuerdo de mi hijo. La muerte me pagó con esto su vida...—dijo.

Y dejó en las manos del empleado del Banco una moneda de oro, costarricense, de veinte colones.

Luego, trémula y acongojada, pero sin una vacilación en sus pasos, se alejó.

Aquella moneda era todo lo que le quedaba de su hijo ya, y acaso había comprendido la madre que era como repatriar al hijo que se le marchó fuera de la patria y no había de volver a la patria nunca, el darle a la patria, hecho oro, todo lo que le quedaba del hijo.

Un regalo de boda a disposición del gobierno de la República

Algún viejo torero retirado, algún cómico que guardaba unas monedas de oro en recuerdo de uno de sus viajes a América. Industriales, pequeña burguesía... Pero los que en mayor proporción acuden a depositar su oro en el Banco de España son los españoles modestos.

—Muchos artesanos que sólo tuvieron una vez en su vida alguna de estas monedas y las guardaban como un tesoro—explica el señor García Méndez.

Y como para confirmar esta explicación, se acerca ahora a la ventanilla del Banco uno de estos depositantes de claro aspecto de artesanía.

Cuidadosamente envuelta, lleva una moneda de veinticinco pesetas, acuñada en 1877.

—Me la regalaron cuando me casé, y desde entonces la guardaba. Creí poder guardarla siempre... Pero aquí está—dice. Y añade—: La dejo en depósito; pero si la República la necesita, que se la lleve. Más valen los hijos, y el pueblo no se los negó...

En el Banco deja su moneda, con una hoja en la que constan su nombre y domicilio. Se llama Angel Sancho y vive en la calle del Ave María, 42.

Y allá se encamina contento, después de haberle dado a la República su moneda por los hijos que otros, que no pudieron darle oro, le pudieron dar...

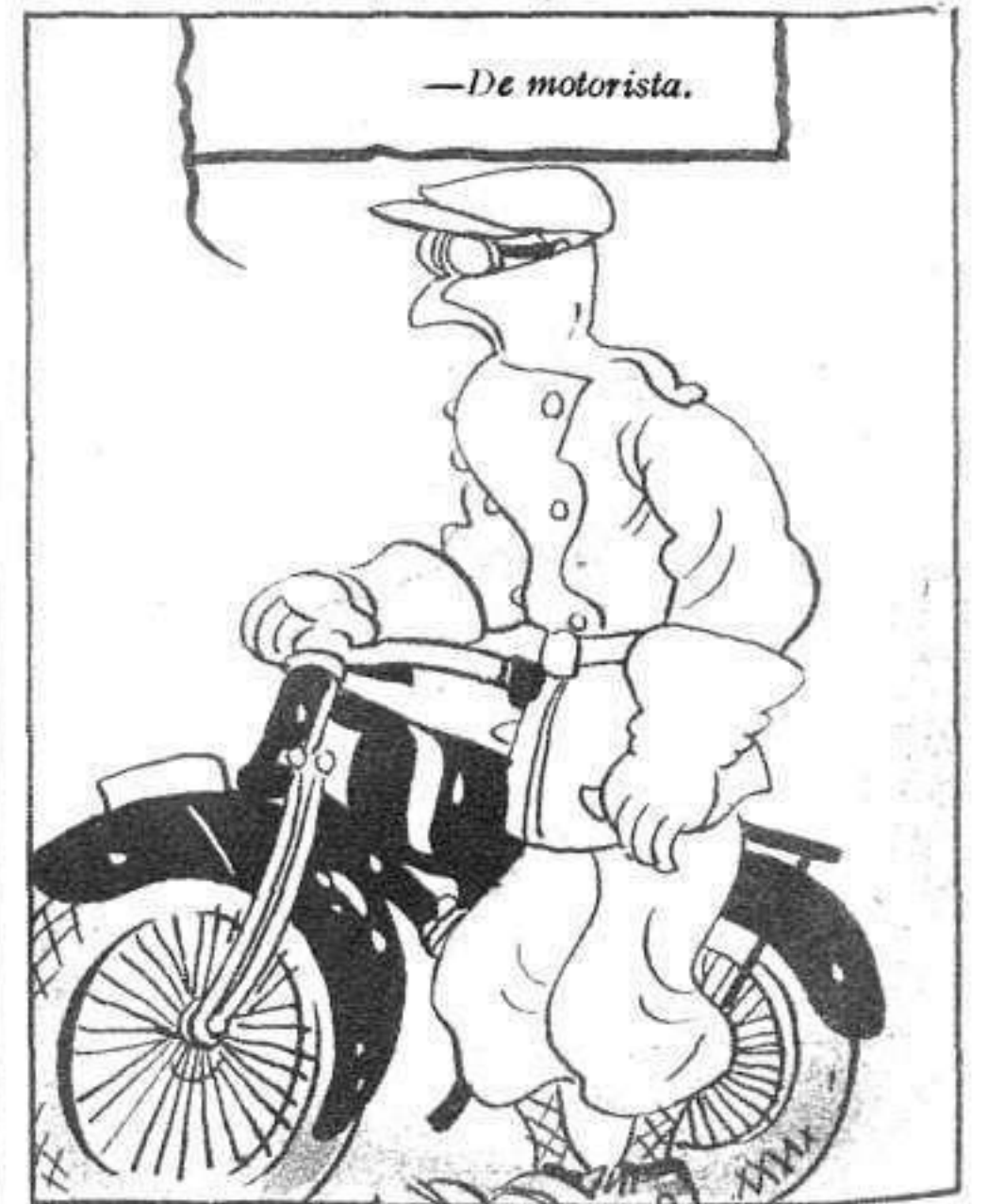
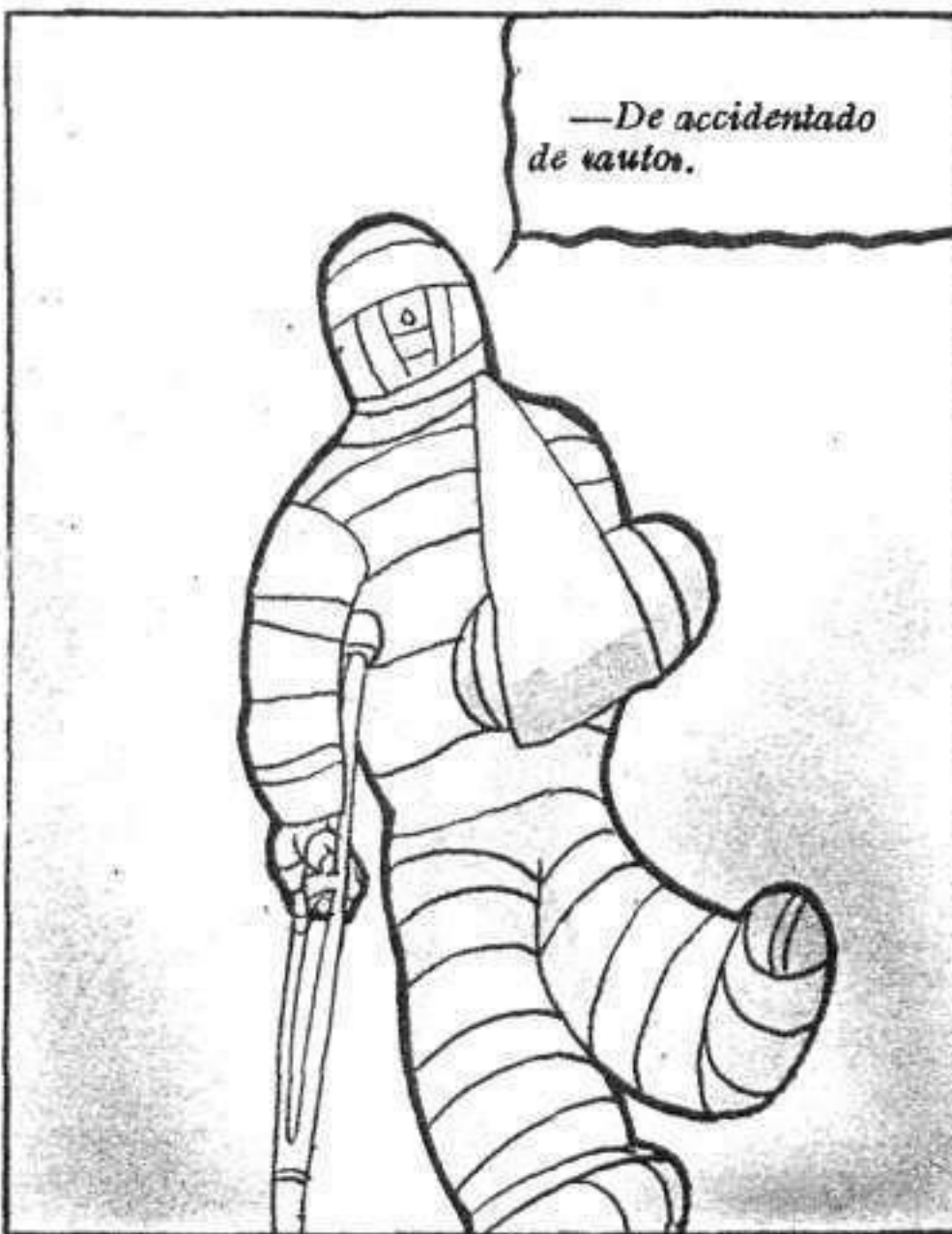
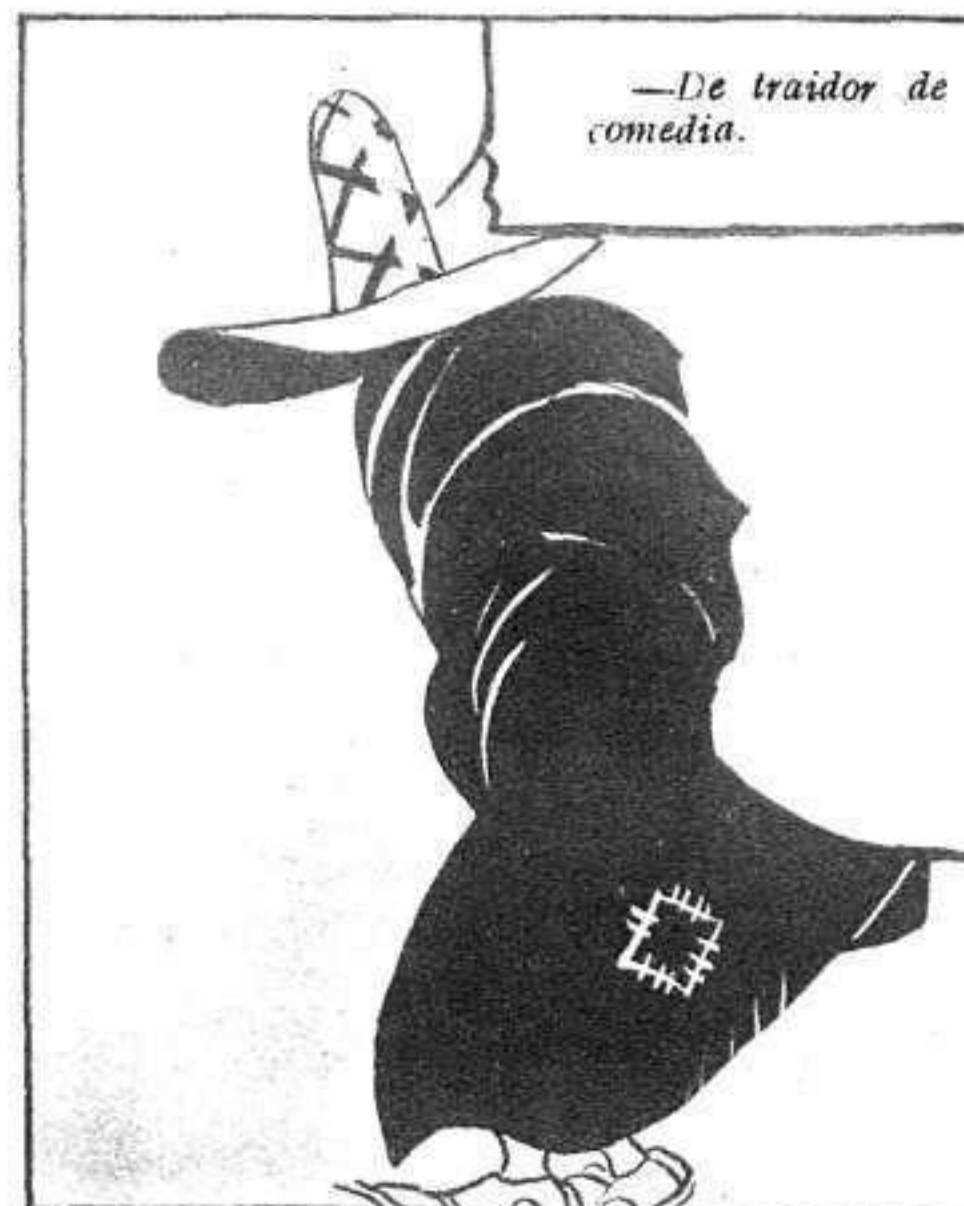
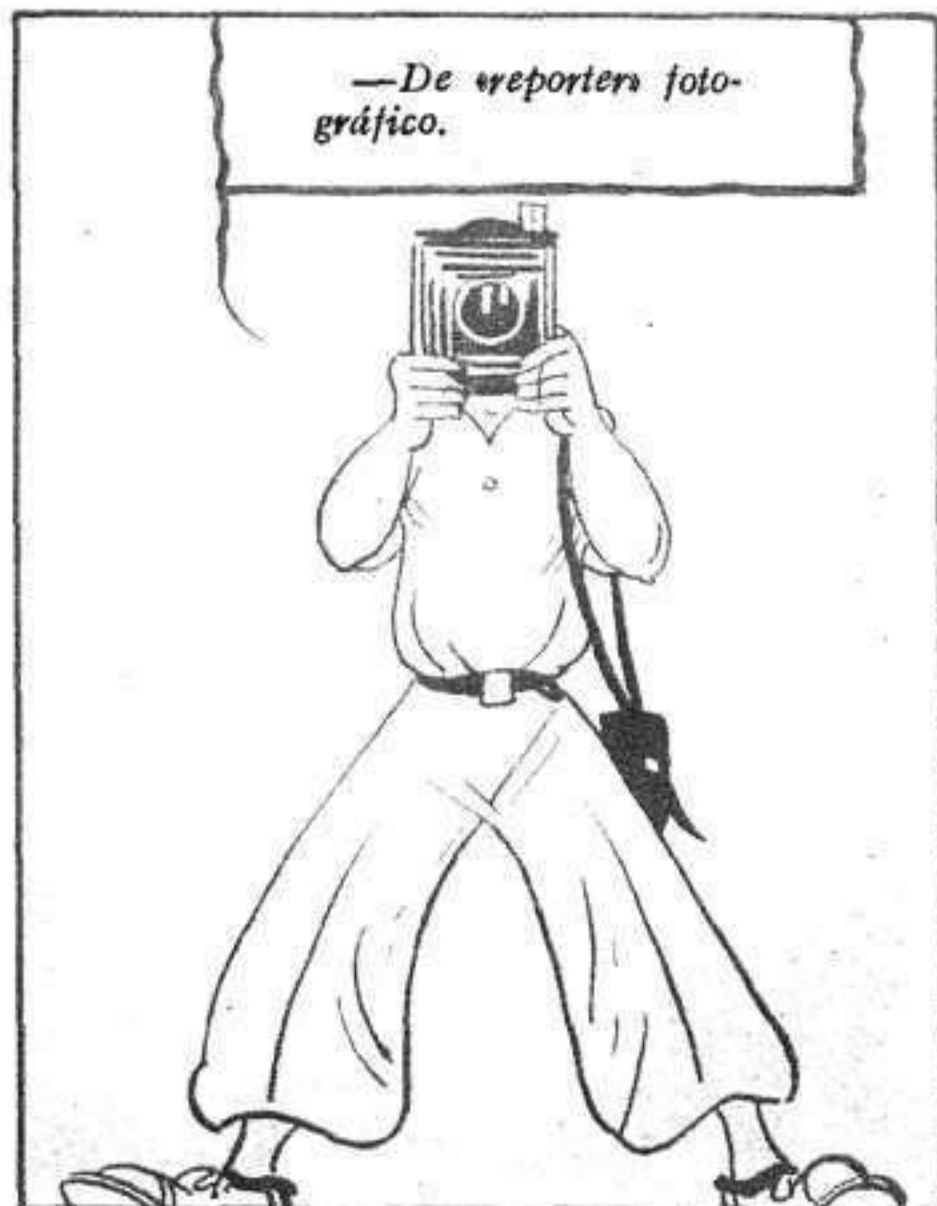
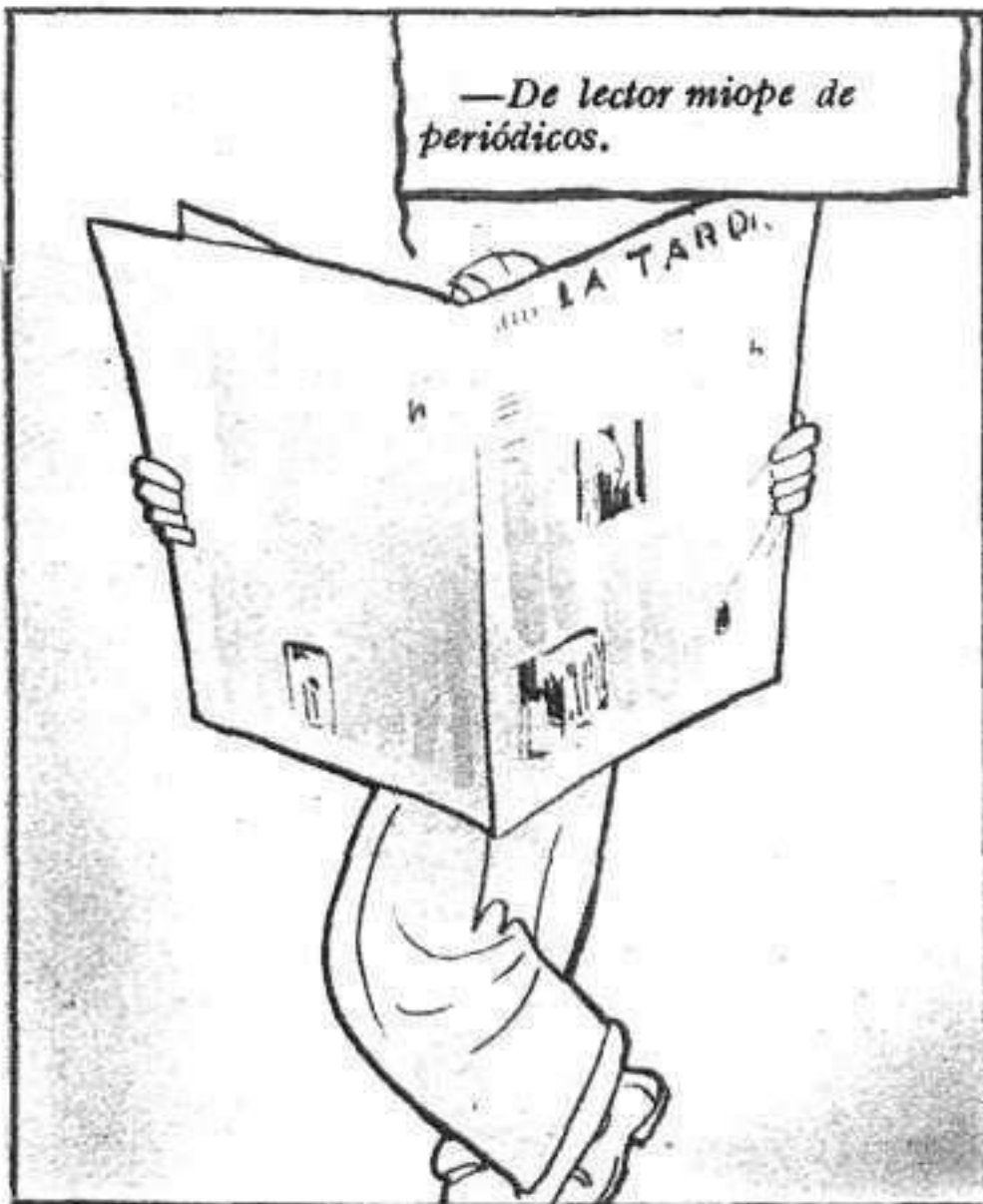
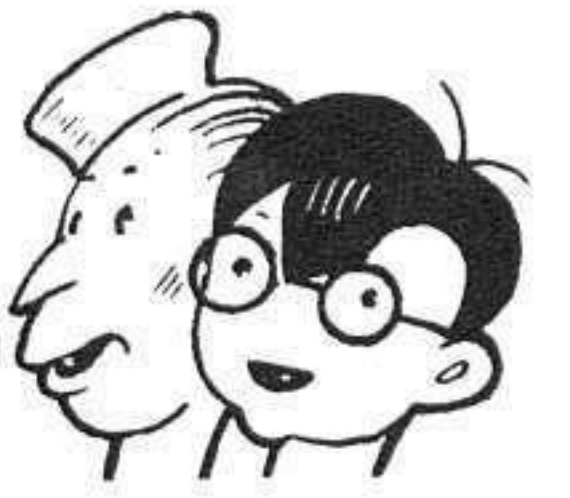
José ROMERO CUESTA

En las calles de París



Dos grupos, uno de izquierdas y otro de derechas, intentaron organizar unas manifestaciones callejeras, días atrás, en París. Hubo un encuentro entre los dos bandos, que se resolvió con la intervención de la Policía. Vean ustedes la curiosa instantánea que de este suceso ha obtenido un fotógrafo parisino
(Fot. Acme)

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO





Esperando turno para el empeño de ropas

La guerra en la retaguardia

La actuación benéfica del Monte de Piedad

La guerra produce fenómenos sorprendentes en la vida civil. Ocurren pequeñas transformaciones inesperadas, se crean necesidades urgentes y surgen remedios fulminantes que sólo la capacidad improvisadora del pueblo es capaz de crear.

También en lo que parece pequeño, accesorio y al margen de las actividades bélicas influye la guerra.

Costumbres y vicios, organizaciones y modos de vida que parecían irreductibles, que jamás podrían extirparse o cambiar, se extinguen o se transforman en unas horas.

La guerra ha operado rápidamente en Madrid la desaparición de dos fenómenos endémicos: la mendicidad callejera y la usura.

El pedigrüño profesional se ha evaporado de las calles madrileñas.

Y con él, y casi al mismo tiempo, se ha extinguido otra especie de plaga: la del *filantrópico* comerciante que socorría al prójimo necesitado cobrándole por el humanitario servicio el módico interés del sesenta por ciento anual!

Las casas de préstamos de este tipo, con las que no pudieron acabar Reales órdenes ni decretos ministeria-



Los lotes de ropas empeñadas, acumulados en los almacenes

(Fots. Videal)

les, porque sabían escurrirse por entre las tramas de la ley y *camouflarse* con distintas denominaciones, pero con idénticos procedimientos, han dejado de actuar en Madrid. Ha bastado, en muy pocos casos, la enérgica repulsa del pueblo para que el dinero de «Pantalón» se asustase de seguir siendo instrumento de inicua usura.

Ahora, en Madrid, sólo realiza operaciones de pignoración, prestamos a los necesitados, la entidad, que por su tradición, por sus normas y por su nombre, estaba oficialmente autorizada para hacerlos: el Monte de Piedad.

¿Ha influido también la guerra en el funcionamiento de esta institución? Desde luego, no ha desvalorizado su función benéfica. Al contrario, la ha robustecido y prestigiado en su misión benéfica. La inactividad de las llamadas casas de compraventa mercantil ha intensificado, lógicamente, la tarea de la central y sucursales del Monte de Piedad. Los prestamistas tenían bien estudiada la geografía económica de Madrid. Y así como en los barrios prósperos apenas si existían estas casas de préstamos, en los distritos populares abundaban hasta el exceso, y estratégicamente situadas. Porque el caudal de esta usura no se nutría de los poderosos, sino de los pobres, obligados por la necesidad diaria y que, por no perder el tiempo yendo hasta las sucursales del Monte, acudían al «Matatías» que brindaba su establecimiento en la esquina más próxima. El cinco por ciento mensual, ¡el sesenta por ciento al año!, era el precio de esta leve comodidad.

Visitamos la Central del Monte de Piedad en una de estas mañanas. Nos extraña, contra lo que pensábamos, no encontrar aglomeración excesiva ante las ventanillas.

Quien por su cargo, que el respeto a la disciplina burocrática le obliga a silenciar, es técnico en el funcionamiento de la casa, nos dice:

—No es extraño. Las clases trabajadoras, que son, naturalmente, las más necesitadas, tienen ahora más normalizada su vida: hay trabajo para todos los obreros, y las familias de millares de ellos que están luchando tienen sus necesidades cubiertas. Nuestro público es, principalmente, de la clase media. En la Sección de Ropas hay siempre más afluencia. En la de Alhajas, casi nunca hay más «cola» que en época normal. La no actuación de las casas de préstamos ha traído al Monte un gran contingente de clientela mesocrática. Dicen, y es cierto, que el Monte de Piedad fija menor valoración a las prendas que las casas de compraventa. Naturalmente. Los Estatutos no permiten correr el riesgo que los prestamistas particulares corrían cubiertos por el lucro de un interés enorme. Se da menos; pero en condiciones infinitamente mejores y con las máximas garantías.

—¿Ha sufrido alguna modificación con motivo de la guerra el régimen de préstamos?

—Naturalmente. El Gobierno ha atendido a evitar el acaparamiento de dinero por unos cuantos y en perjuicio de la colectividad. Sobre las alhajas no está permitido que nadie perciba más de quinientas pesetas semanales, a no ser que se justifique, con arreglo a las disposiciones legales, que el dinero se necesita para pago de jornales o materiales de trabajo, bajo el control de las organizaciones obreras y políticas del Frente Popular. Para evitar que los particulares puedan eludir esta orden pignorando, dentro de la misma semana, en distintas sucursales, se ha dispuesto que cuando la cantidad a percibir por el pignorante llegue a 250 pesetas se le exija la presentación de la cédula, y en ésta se hace una marca, que consigna la fecha y la cantidad recibida, imposibilitando así que se cometan excesos.

—¿Hay restricciones en la admisión de prendas?

—Ninguna. Se sigue admitiendo toda clase de objetos cuyo valor responda al préstamo. Lo mismo alhajas que ropas. Incluso en éstas se adopta un criterio de mayor amplitud en beneficio de las clases obreras. A éstas, habituadas a la falsa generosidad de los prestamistas, se les resisten un poco las más módicas tasaciones del Monte. Pero, al cabo, comprenden que la menor cuantía del préstamo está de sobra compensada con la disminución de los abusivos réditos que antes pagaban. Como comprobando este aserto, oímos que en la ventanilla próxima una mujer discute con un empleado del préstamo sobre un reloj:

—Pero, ¿cómo dos duros? ¡Si en la casa de empeño me daban cuatro! ¡Y lo llevaba todas las semanas, el jueves, para sacarlo el sábado, cuando mi hombre cobraba! ¡El tiempo que llevo «apañándome» así!

Y, claro, hay que explicar a esta pobre mujer lo que era la *generosidad* del prestamista. El reloj, cuyo valor auténtico es de veinticinco pesetas, al cabo del año, y según su confesada frecuencia de pignoración semanal, le costaba a la pobre mujer, de intereses, ¡cincuenta y dos pesetas!

J. F.

Lea usted los miércoles MUNDO GRAFICO

DEL AMBIENTE Y DE LA VIDA

El instinto de la especie

HAY en el hombre un instinto de inmortalidad? Hay derecho a dudarlo. El ansia de sobrevivir se da en todos los seres racionales; pero el instinto teme a la muerte, como si tras ella no hubiese sino aniquilamiento y desaparición definitiva. Esto no quiere decir, ni por asomo, que todo acabe en la sepultura. Creo, por el contrario, que todo se renueva, que nada perece ni se aniquila, y que ésta es una ley natural consagrada por todas las creencias y comprobada en todos los laboratorios. Pero lo que me permito suponer es que nadie cree que después de su muerte ha de ser el mismo que ahora. Por lo que respecta a la especie, hay un instinto de conservación de ella misma y la convicción de que la vida tiene que persistir, sea cualquiera la forma en que ello se realice.

Parece, a primera vista, mentira que el instinto de conservación de la especie sea mucho más fuerte que el de la conservación individual; pero ello es evidente, y lo comprueban infinitos hechos. Es el primero el amor maternal. Pocas son las madres que no sean capaces de sacrificar su propia vida por salvar las de sus hijos. Y sin acudir a estos casos, que podrán atribuirse a causas sentimentales y no racionales, son incontables los hombres que dan su vida gustosos por su patria o por un ideal. Todos los animales cuidan, más que de su existencia, de la perpetuidad de la especie y de asegurar la vida de sus crías; pero los seres humanos, además, piensan, no ya en su prole, sino en la de todos sus semejantes, a los cuales quisieran asegurar un porvenir feliz y luminoso. Tal es la explicación del heroísmo, la más alta de las virtudes cívicas. Tal la del sacrificio de los sabios y de los filósofos para no desmentir el resultado de su labor sublime y abnegada.

Del lado contrario, demuestran este instinto de perpetuidad de la especie el miedo y el pánico. El primero es individual, y el segundo, colectivo, y es evidente que es mucho más terrible. Quien se ve solo en medio de un camino y perseguido por un toro desmandado, experimenta menos terror que quien se halla en medio de una muchedumbre de miles de personas que gritan y corren al anuncio de una res acometedora. En una batalla se puede encontrar a un luchador aislado que se defiende tenazmente contra un grupo nutrido de adversarios; pero el miedo lo invade si entre muchos escucha el grito de «¡Sálvese el que pueda!» Si se dice a cualquiera que antes de sesenta años ha de morir, lo más probable es que se encoja de hombros. Sabe que la muerte lo espera y que, como dice el vulgo, «dentro

de cien años todos estaremos calvos». Pero si se le anunciase por los astrónomos, de una manera incontrovertible, que la Tierra iba a ser pulverizada dentro de un siglo, todos comenzarían a temblar, aunque no habrían de presenciar la catástrofe. Es el instinto de perpetuidad de la especie el que en todos se rebelaría. Sabemos que hemos de morir sin que nos lo repitan los cartujos; pero queremos que no todo desaparezca. *Non omnis moriar*. Somos pequeños; pero llevamos dentro el sentimiento de lo Eterno. Y en él confiamos.

Por terrible que sea la que llamó el poeta «imagen es-

pantosa de la muerte», sabemos que hemos de morir. Pero estamos también seguros de que no somos perfectos, y de que en nosotros no se halla la razón de la existencia de todo lo que vive y palpita. Podemos crear cosas minúsculas, y también, cuando somos inspirados y nobles, ideas redentoras y excelsas; pero no el infinito sideral de los mundos. Por eso, cuanto más se acercan los seres y las cosas a lo Absoluto, más nos aterra su desaparición.

Hasta en ciertas especies zoológicas superiores, si no por su tamaño, por su inteligencia, se observa este deseo

de que permanezca después de la muerte la vida de la colectividad. Las hormigas, después de ver destruido su hormiguero, se apresuran a repararlo, aun a costa de su vida y su sacrificio; éstos y otros casos han sido bien estudiados por sir Jhon Lubbock. En cuanto a las abejas, observadas con tanta minuciosidad por Mauricio Maeterlink, no sienten el pánico, y cuando hieren a sus adversarios saben que al herir se procuran casi siempre la muerte; pero lo hacen en defensa del enjambre, como los héroes humanos en bien de la causa que los lleva a empuñar el fusil o a volar en el aeroplano. No parece sino que presienten que después de aniquilado el hormiguero vendrá otro hormiguero, y que, luego de destruido el enjambre, aparecerá victorioso y melificante otro enjambre. ¡Feliz presciencia de la perpetuidad de la vida, en que, como dijo el poeta de las doloras, tan injustamente olvidado, los gusanos se comen a los hombres, los gusanos se vuelven mariposas, y todo va muriendo y todo queda.

No hay vida más desdichada que la de quien no siente este instinto colectivo, muy superior en grandeza al individual. Es presa de perpetuo terror ante el menor riesgo. Todo le sobresalta y le aflige. Se pasa la vida mirándose la lengua al espejo, consultando al médico al menor ataque de tos o de reumatismo, tembloroso ante la sospecha de que puede ser aminorada su fortuna. Horrorizado por la idea de que algún día morirá.

En su interior maldice a los que quedan y, por ende, a la juventud alegre y creadora. Se cuenta de un exaltado que llegó, al sentirse enfermo de gravedad, a destruir sus muebles para que no le sobreviviesen. No hay mejor prueba de pequeñez de ánimo que el egoísmo; porque olvida el interés de todos, que es el único respetable y legítimo. El hombre equilibrado lo mira todo bajo la especie de la Eternidad. Se lo impone un instinto que, por su origen, es muy superior a la razón.



Ruby Keeler, una de las más bellas rubias del film, en una de sus últimas creaciones cinematográficas

ANTONIO ZOZAYA



Notas de actualidad

A la izquierda: El cartel de Bardasano, miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas, que ha sido premiado en el Concurso «Homenaje a las Milicias», convocado por la Junta directiva del Frente Popular de la Cámara Oficial del Libro de Madrid.

Abajo: Los directivos de la Agrupación Deportiva Prensa Gráfica haciendo entrega al secretario y directores de la Guardería Infantil Pablo Iglesias, de Artes Gráficas y Prensa, de una importante cantidad recaudada entre sus socios y simpatizantes (Fots. Vide y Piortiz)



SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 415

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Caricaturas, Alman-

ques lujosos. Brillo rosado. Marca PD. Dümmatzen, Barcelona, Tetuán, 4.

TAQUIGRAFIA, por Martín Ez-tala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Viejz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rãmpa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas **TREVIJANO**

Lea usted los domingos

CRÓNICA

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

HERMOSILLA, 73 MADRID

Tarifa de suscripción para
MUNDO GRAFICO

Aparece todos los miércoles

Madrid, Provincias
y Posesiones Españolas:

Un año 15,-
Seis meses 8,-
Tres 4,-

Francia y Alemania:

Un año 23,-
Seis meses 12,-
Tres 6,-

América, Filipinas y Portugal:

Un año 16,-
Seis meses 9,-
Tres 4,50

Para los demás Países:

Un año 30,-
Seis meses 16,-
Tres 8,-

NOTA.—No tendrán derecho a recibir los números extraordinarios que se editen nada más que los suscriptores por un año, como mínimo.

EDICIONES ELEGANTES Y MODERNAS



Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía.

CONSULTE
POR CARTA O
POR TELÉFONO A

**PRENSA
GRAFICA**
S. A.

HERMOSILLA, 73. - MADRID
Apartado 571 Teléfonos 57885 y 57884



**mundo
gráfico**

**LA ACCION
DE LOS MA-
RINOS DE LA
REPUBLICA**

**La observación
atenta y continua
de las costas y
del mar**